THE PREARRECIFE FILES

The prearrecife files
Capítulo I

Quisiera en este primer apartado hacer un breve repaso sobre el primer grupo musical en el que intervine hace bastantes años atrás, a fin de dejar inmortalizada esta experiencia hasta cierto punto intrascendente, por si algún día me da por olvidarla o por si simplemente algún día me apetece volver sobre ella. Quizá a alguien le sirva de algo, quizá no. Aviso de lo que aquí se van a encontrar y me pongo manos a la obra, sin más deambulaciones:

El oscuro grupo escolar prohibido:

En el primer colegio en el que pasé nueve años de mi vida, el mismo donde recibí la más severa educación ultracristiana, todo el mundo sabía que yo tocaba el piano. De hecho, en algún momento quise apuntarme a clases extraescolares de piano, solo por ver si esa experiencia resultaba más grata que la de la Escuela municipal de música. A mi madre le pareció excelente idea, ya que se ahorraba viajes en coche y el asunto salía más económico. Nuestra profesora de solfeo y flauta de pico, la misma que nos enseñaría piano, era una señora algo mayor, bastante depresiva, y recuerdo marcaba los tiempos del compás golpeando el borde de la mesa con el canto de una regla de plástico que se iba destrozando hasta que se partía en dos mitades. Estuvo cambiando de regla hasta que quizá se dio cuenta que aquello era algo… inquietante, hasta que alguien le dijo que aquello no procedía… el caso es que sustituyó las reglas por una baqueta que aguantaba mejor los golpes y producía un sonido mucho más nítido y amable.
En clases de música yo siempre sacaba sobresaliente y eso contrastaba con el resto de materias en las que un mero aprobado era algo infrecuente.

Asistí a mi primera clase junto con otros dos compañeros que no sabían absolutamente nada de piano. Para demostrar mis aptitudes, interpreté una pieza de Bach de la forma más virtuosa que pude. La profesora de música quedó impresionada y, quizás porque enseñarme le iba a suponer un esfuerzo o quizás porque el nivel entre los alumnos era muy descompensado, me recomendó volver a inscribirme en la escuela de música. A mi madre la recomendación no le hizo ninguna gracia, huelga decir. Mis dos compañeros siguieron con sus clases, y yo temía que algún día pudieran alcanzarme, destronándome para siempre del salón de la fama, pero, para mi alivio, aquellas clases no tuvieron mucha continuidad. Quizá no fueron negocio para el colegio, quizá los padres o los alumnos no consideraron que fuera necesario seguirlas, o quizá la misma profesora las abandonó. Fuera como fuese, lo cierto es que los curas del colegio tenían muy mala relación con la música, no sabría definirlo. Eran reacios a incluir cánticos en las misas y, en su vida diaria, jamás les escuché hablar del tema, como si no existiera o estuviera vetado. En cierta ocasión proyectaron un documental sobre el satanismo, mostrando grupos de música presuntamente inscritos en esta religión, mensajes ocultos en letras de canciones rebobinadas al revés…

Tuve un profesor de inglés de origen irlandés que estuvo trapicheando conmigo casetes de los Beatles durante una temporada. El pacto era que yo transcribiera las letras de aquellas maquetas, grabadas quien sabe dónde. Así aprendía inglés de alguna manera

pues me resistía al método ortodoxo. Mi deformación profesional en el mundo de la música, aún a día de hoy, me impide fijarme en las letras de una canción antes que en la melodía, el ritmo o la armonía. Eso sumado al terrible acento liverpuliano de los Beatles y la pésima calidad de las grabaciones hacía la labor un poco tediosa, pero gratificante, porque pude descubrir muchos temas de los Beatles (en su mayoría versiones de sus comienzos) que eran difíciles de conseguir en España por aquel entonces, y también aquello suponía algo muy alejado de la rutina lectiva. En suma, aquel trapicheo me destacaba por encima de mis compañeros, quienes dominaban el idioma bastante mejor que yo, pero no recibían aquellos casetes exclusivos, lo mismo porque su interés por el cuarteto más influyente de la música contemporánea era nulo.
Otro profesor de inglés, este procedente de Inglaterra, traía a clase alguna vez una guitarra enfundada, pero nunca la usaba. Solo en una ocasión, bajo condición de que nuestro comportamiento fuera ejemplar, desgranó algunas notas, no sé si llegó a entonar algo también. A pesar de la brevedad de la actuación lo recuerdo borrosamente como algo mágico, completamente excepcional, con algún aire cómico o desenfadado. También, como su colega irlandés, era un admirador confeso de los Beatles, pero decía que la canción *Hey Jude* era una patata, cosa que para mi suponía una idea tanto atractiva como chocante en mi fanatismo. No obstante, según recuerdo, odiaba más a María Teresa Campos, cuyo nombre se retorcía bajo su acento y a quien yo no conocía muy bien. A pesar de que el irlandés y el inglés adorasen los Beatles, se llevaban aparentemente mal, quizás porque compitieran laboralmente o simplemente por su distinta procedencia, cosa que llegaban a admitir, no sé si en serio o en broma.

En fin, volviendo al hilo de la cuestión; todo el mundo sabía que yo tocaba el piano y un compañero me comentó, con cierto secretismo, que se estaba gestando la formación de un grupo de música fuera del colegio. No quiso ofrecerme muchos detalles. Me apunté de inmediato al primer ensayo, que tendría lugar en su casa. Había un problema: en su casa no había piano. Yo contaba con un pesado teclado Casio casi más grande que yo, y necesitaría que mi padre me ayudase a transportarlo hasta la sala. No estaba dispuesto a tocar con un teclado más pequeño, pues un evento de aquella magnitud precisaba absoluta y completa profesionalidad. Mi padre se mostró reticente con aquella propuesta, quizás pensase que aquel pesado (y en su día caro) teclado fuera a romperse en el viaje, o quizá tuviera un mal pálpito con lo del grupo de música. En cuanto a mí, me daba un poco de apuro que mi padre apareciera por allí, pero no había otra forma de que yo pudiera tocar en el grupo. Que una futura estrella de rock fuera a ensayar con su padre restaba bastante glamour al asunto, es obvio.

Mi padre y yo dejamos el teclado en una mesa de un porche y suspiré aliviado cuando abandonó la sala. Creo, si mal no recuerdo, que la agrupación consistiría en dos o tres músicos (teclado y dos o una guitarra, una española, por supuesto y quizás otra eléctrica, lo cual era completamente excepcional) y un cantante (sin micrófono). El amigo que me introdujo en el grupo y dueño de la sala creo que no tocaba ningún instrumento ni cantaba, igual era el mánager o un futuro batería cuando hubiera batería en un futuro poco realizable.

Empezamos a improvisar una canción, sospecho que el resto de la banda ya la traía ensayada en otras sesiones. El guitarrista líder, el de la guitarra eléctrica, me dio los

acordes y yo los fui tocando con él, pero su instrumento estaba desafinado. Lo traía afinado de sus clases y no se atrevía a tocar el clavijero por miedo a provocar cambios irreversibles. No había muy buena vibra entre nosotros, todo sea dicho, posiblemente porque me veía con conocimientos musicales que rivalizaran con los suyos, o lo mismo porque no consideraba muy pertinente la presencia de un teclista en el grupo. Algo recuerdo sobre un debate inaugural en el que el teclado podría ser considerado un instrumento demasiado *blando o clásico* para aquel concepto, ya veréis por qué. Parecía que el chico sabía tocar los tres o cuatro acordes de la canción, pero no se daba cuenta que no estábamos en el mismo tono. Ni él ni nadie, claro, solo mi educado oído percibía que algo andaba mal y la verdad que, al estar acostumbrado a los tonos de mi piano de pared desafinado, tampoco este oído mío era la mejor garantía. Ante la imposibilidad de afinar las guitarras mejor, tuve que intentar afinar mi teclado con la rueda del *pich*, usando cinta adhesiva que me fue suministrada por el mánager. Aquello sonaba bien a ratos, lo suficiente para que el *frontman* pudiera desenvolverse y encontrar su *flow.* Nuestro vocalista era todo un chico malo, de los pocos alumnos que había repetido curso, lo cual por aquel entonces era una excepción en aquel colegio y un completo sacrilegio. Gracias a la influencia de sus hermanos mayores había tenido acceso a músicas prohibidas. Héroes del silencio o grupos de rock inglés, quién sabe. Los versos de nuestro hit, que recuerdo con nitidez perfecta y abrumadora, pese a mi mala percepción de las letras, eran los siguientes:

Quieres que te dé un beso,
Quieres que te meta mano,
Quieres quitarte la ropa,
Y de paso follamos.

Era una noche lluviosa,
Todos los niños lloraban,
Mientras ellos le daban,
Yo te quería pringosa.

Si los curas del colegio hubieran escuchado algo así, hubiéramos sido expulsados no solo del colegio, sino de mil kilómetros a la redonda de su perímetro, con orden de alejamiento incluida. Supongo que la letra debía ser toda una revolución para unos chavales como nosotros, fuertemente instruidos en la doctrina cristiana más rancia. Sin embargo, venía a ser un sucedáneo bastante pobre de los grupos de rock de entonces, idealizados por documentales como el que nos pusieron los curas o barruntando lo que debía ser la subcultura del rock a través de lo que nos contaban los mayores. No conocíamos las drogas, ni el sexo, ni el rock, pero estábamos en ello, lo intentamos.

El ensayo fue bastante largo y agotador, trabajamos duro y con bastante orden y constancia, pese a lo que pueda parecer. Mis sensaciones, agridulces, pero creo que la valoración fue positiva en conjunto. Quizás estaba demasiado coaccionado por la escuela de música a que las cosas sonaran bien y claro, aquello, bien precisamente, no sonaba. Al término del ensayo nos pusimos a jugar a la videoconsola, para alivio de los que no tocaban ningún instrumento. Yo me mareé con el videojuego y perdí el conocimiento. Cuando desperté, mis amigos dijeron que había tenido convulsiones,

había dicho cosas extrañas y había echado espuma por la boca. Llamaron a mi casa. Mi padre vino a buscarme, visiblemente malhumorado y poniendo fin a mi progresión en aquel proyecto. Por el carácter de la agrupación (debía mantenerse en secreto) y este desagradable incidente no sé si mi presencia fue bien valorada pues poco o nada se volvió a hablar del asunto. Me sentí muy mal por mi desvanecimiento, como si fuera un enfermo o un demente, profundamente avergonzado, y no quise volver sobre el tema. Lo mismo se trató de una posesión diabólica o una sobredosis de fanta naranja y palomitas de maíz calentadas en el microondas, quién sabe. Una cosa estaba clara: vivir tan peligrosamente acarreaba sus riesgos.

The prearrecife files
Capítulo II

En este segundo capítulo de los archivos prearrecife voy a hablar de los primeros orígenes de la formación *Joker to the queen*. Puede que existan detalles que no sean cien por ciento verídicos, dada la visión subjetiva del presente ensayo y mi pésima memoria, pero valga la aproximación para hacernos una idea de lo que constituyó el primer capítulo de esta historia.

El origen de los Joker to the Queen:

Maese fue una persona con la que trabé contacto en mi segundo año en la facultad de Bellas Artes. Esto fue, mucho, mucho tiempo después del primer capítulo que acabo de desgranar. Se trataba de un erudito de la música clásica, gran oyente de música en general, además de director e intérprete vocal de obras antiguas con cierta proyección y reconocimiento en el panorama nacional e internacional. Inicialmente conectamos por otros motivos no estrictamente musicales pues yo, por entonces, había renegado de todo lo relacionado con la música y andaba más ocupado en labores literarias o incluso filosóficas.
Trataba también con Luimmi, con quien no tenía una relación tan estrecha en principio. Luimmi provenía de un colegio en el que cursé un año antes que fuera expulsado. Era una mente inquieta, autodidacta en el ámbito musical. Empezó arquitectura antes que Bellas Artes y viajó de Erasmus a Italia, se confesaba un ferviente admirador de Leonardo da Vinci, entre otras cosas. Fue este último el que propuso a Maese fundar un proyecto musical, al cual se sumó otro compañero teclista. Este teclista tenía conexiones con otras dos compañeras interesadas en promover un espectáculo escénico multidisciplinar, fusionando música con poesía e imagen, se harían llamar *Los poetas vivos*. No sé, concretamente, por qué este tercer componente fue distanciándose de Maese y Luimmi, el caso es que, con motivo de sustituirle, Maese me ofreció el puesto, puesto que acepté un poco por compromiso ya que, además de no tener mucha fe en el asunto musical, entonces Luimmi y yo teníamos visiones artísticas muy contrastadas.

Todavía sin saber muy bien qué íbamos a hacer ni de qué manera, decidimos llamarnos *Dabol Cleck*, nombre concebido por el fundador Luimmi que no terminó cuajando. Redactamos una especie de manifiesto requerido por uno de nuestros profesores para que nos cedieran un espacio dentro de la facultad donde poder desarrollar nuestra labor. Tuvimos que envolverlo todo en un marco conceptual complejo, dando a entender que íbamos a hacer algo tipo *avant-garde, arte sonoro, instalaciones…* para luego acabar componiendo canciones al uso, tomando a artistas como *Depeche mode* o *Radiohead* de referencia, pero sonando a pop, rock blando o folck acústico convencional, un estilo definido por algunos despectivamente como *Popper-hippie* (Ch) o *Simon y Garfunkel*. El espectro abarcado en los ensayos era bastante amplio y complejo de etiquetar, cierto es.

Tras el impulso inicial de Luimmi, Maese no tardó en coger las riendas del proyecto. Poseía una grabadora Minidisc en la que había registrado algunos ensayos de la formación clásica que dirigía, junto con algunas composiciones propias, esbozadas con

un acompañamiento simple de guitarra y su característica y trabajada voz de contratenor, con un registro natural de barítono. Todo dominado por una clara melodía y con aires melancólicos o ligeramente Beatles, dependiendo del tema.
A pesar de dedicar su vida al repertorio clásico, Maese entró en el conservatorio queriendo aprender jazz, idea que no gustó a sus tutores, y en Londres compuso algunos temas para los que nunca vio proyección, fuera de tocarlos en algún pub inglés. Temas viejos y olvidados que ahora emergían con viveza en el llamado *cuartucho*, cargado de reverberaciones y una atmósfera mística.

Yo no contaba con ningún instrumento, pero el anterior teclista había dejado prestado al grupo un sintetizador (conocido como *el bicho*) que funcionaba con botones, pensado para ser utilizado como secuenciador o como banco de un teclado controlador. Las posibilidades de este instrumento, sin accesorios, eran bastante limitadas, de modo que tuve que ejercer el rol de bajista desempeñando alguna que otra faceta, ocasionalmente. Maese y Luimmi se repartieron las voces y las guitarras.

A partir de entonces lo habitual era que Maese trajera alguna de sus reliquias (las llamadas *joyitas*) y la arregláramos, aunque también eran frecuentes las improvisaciones o la composición de nuevos temas. La ausencia de Luimmi en muchos ensayos daría pie a que colaborara con Maese en la labor compositiva. Generalmente Luimmi se encargaba de las letras, labor para la que Maese y yo, por deformación profesional, andábamos flojos. Algún tema propio de Luimmi también entró en el repertorio, así como alguna versión poco conocida.

Pronto empezamos a pasar más tiempo encerrados en el cuartucho que en las aulas de la facultad. Era frecuente que, al final del horario lectivo, los bedeles llamaran a la puerta del seminario para advertirnos que no podíamos seguir allí. El cuartucho se empezó a convertir en una suerte de santuario al que acudían invitados de todo pelaje, de tanto en cuando. Las visitas de una de las integrantes de *Los poetas vivos*, acostumbrada a tirarse en el suelo durante nuestras sesiones maratonianas, dio pie a que cambiáramos de nombre de cara al gran concierto que íbamos a dar, en el auditorio de Aranjuez, ni más ni menos.

The prearrecife files
Capítulo III

Aquí trataré de resumir el cenit de la etapa Joker, reseñando sus actuaciones más notables y la grabación de su única maqueta.

Evocaciones:

Así es como se iba a denominar el acto celebrado en el Auditorio Joaquín Rodrigo, un 11 de abril de 2007, en el que los Joker to the Queen actuarían junto con Los poetas vivos, en un programa doble. No teníamos muy claro quienes, de entre las dos agrupaciones, iban a ser los teloneros. El lugar era bastante impresionante y para un debut, cumplía con creces todas las expectativas posibles. Imprimimos carteles y recuerdo irlos pegando en el trayecto de la estación de tren a la facultad. Pese a mi ilusión, no duraron demasiado en aquel estado.
Había invitado al concierto a mi amiga Anna, que vendría desde Terrasa expresamente a presenciarlo. De camino al aeropuerto, el día mismo del concierto, recibí su llamada avisando que había perdido el vuelo a Madrid. Fuera cierto o no, no volvería a verla en persona, ni a ella ni a una cámara de gran valor que teníamos compartida, hecho que inspiró el *Blues de la cámara*, pero eso es parte de otra historia.

Cuando llegué al auditorio, los técnicos de sonido me informaron que había en el escenario un piano de cola cuyo coste podría superar con facilidad el de un piso. O el piano era muy bueno o el mercado inmobiliario no atravesaba su mejor momento. Disponían de equipos con los que jamás hubiéramos soñado, pero cablearon todo chapuceramente, porque tampoco era cuestión de molestar, y se encerraron en la pecera con varias botellas de ron. Ni siquiera nos colocaron unos repetidores, así que hubo que tocar con la referencia que rebotaba en aquella descomunal sala, haciendo verdaderos malabares. Preguntamos, antes de empezar, si existía la posibilidad que el concierto fuera grabado y nos dijeron que sí, pero el equipo era viejo y necesitábamos un casete que compramos en los chinos, por un módico precio. El concierto, por lo visto, no se grabó entero y Luimmi fue el único que escuchó la cinta, cinta que acabó extraviando. Según su testimonio, el sonido era una completa porquería y lo único que se distinguía, a duras penas, era el sonido *del bicho* marcando bajos.
Cuando abandoné el concierto, miembros de Los poetas vivos me confesaron que no habían parado de reír en toda la actuación, ya que el set que habíamos improvisado, con una tela a cuadros sobre un pupitre escolar en el que reposaba *el bicho* y algunos cojines, se asemejaba a una manta de abuelo. Resulta que habíamos inventado un nuevo concepto que olvidamos incluir en nuestro manifiesto: la música geriátrica. Algunos colegas de la facultad nos sacaron fotos movidas para inmortalizar aquel acto.

No sé si fue antes o después (sospecho que esta entradilla va a volverse recurrente en The arrecife files), los Jokers decidimos grabar una maqueta con nuestros mejores hits. Los costes de un estudio de grabación eran inasumibles, así que decidimos hacerlo nosotros mismos, con medios precarios y poco conocimiento de causa. Maese se encerró en el baño de su casa con su Minidisc, yo conecté mi viejo Casio directamente a la entrada de línea del ordenador y Luimmi no sé muy bien cómo se las apañó. Ni que

decir tiene que quedamos poco satisfechos con el resultado, pero ahí quedó el testimonio para tiempos venideros y quizá hasta mejores. Una muestra que seguramente no haga justicia a todo el trabajo que desarrollamos, pero una muestra, al fin.

En último lugar quería reseñar un concierto que dimos en una fiesta de la facultad. Los Jokers nos encontrábamos bebiendo y conversando hasta que no sé cómo, ni de qué manera, acabamos reunidos en un piso de estudiantes, junto con por lo menos otras treinta personas apelotonadas en un salón invadido por el caos. Se nos ocurrió ofrecer nuestra música, pero estaba el problema de siempre: no había teclado pues *el bicho* se había quedado encerrado en la facultad. A altas horas de la noche tomamos la decisión de ir hasta casa de Maese, que estaba a dos horas de viaje, y trajimos al piso de estudiantes su viejo teclado Roland. Debimos llegar de madrugada, cuando la gente lo último que esperaba es que fuéramos a volver. Nos colocamos en medio de un pasillo en uno de nuestros habituales, improvisados y geriátricos sets y allí empezamos a desarrollar una de nuestras sesiones de cuartucho, en un desfile constante de gente borracha que atravesaba el pasillo, la cual, nos prestaba desigual atención. Hubo un momento que cinco personas nos pusimos a tocar el piano a la vez y Luimmi llenó su guitarra de sangre de sus dedos. Maese entonaba sus canciones ajeno a aquel desmadre, con aire triste y melancólico.

The prearrecife files
Capítulo IV

Completaré la historia de los Joker con este capítulo, en el que, dejando muchas cosas en el tintero, me centraré sobre

El declive de los Jokers:

Luimmi en algún momento se fue a Italia y Maese, en el último año de la facultad, andaba desbordado de compromisos. Yo, de mi parte, estaba tratando de evolucionar con otras agrupaciones y un nuevo giro a mi producción propia. Las sesiones del cuartucho eran cada vez más infrecuentes pero el espíritu Joker no se había perdido del todo.

Intentamos buscar una sala de ensayo en condiciones para poder evolucionar en nuestra música y, al terminar los estudios, Maese y Luimmi decidieron participar en el alquiler de una nave industrial junto con varios miembros de la facultad. La nave estaba amueblada con cosas encontradas en los contenedores de escombros. También uno de los locales que mi padre alquilaba en el centro de Madrid se quedó vacío y ahí improvisamos una sesión. Visitamos varias salas de ensayo de Madrid, intentando encontrar alguna que se ajustase a nuestro reducido presupuesto y no fuera muy ruidosa, asunto imposible, pues en todas había siempre algún grupo de Heavy tocando al lado como si no hubiera un mañana. El hecho de alquilar uno de aquellos espacios por horas no terminaba de gustarnos, pues estábamos acostumbrados al cuartucho donde, en este aspecto, los límites eran bastante amplios.

Una noche de fiesta en la que Maese no se encontraba, salí con Luimmi, unos amigos de la facultad y dos estudiantes italianas. Al final de la noche las italianas nos invitaron a subir a Luimmi y a mí a su piso. Todo tenía buena pinta hasta que Luimmi, con su guitarra, se puso a desgranar los primeros acordes de nuestro hit más destacado: el Jazz at home. Una de las italianas le había advertido sobre la posibilidad de molestar a los vecinos y, al ver que Luimmi no la consideraba, lanzó una moneda a la guitarra, haciéndola una muesca. Abandonamos el piso y como todos recordarán, en la maqueta de los Jokers, el Jazz at home se abre con unos truenos y un sonido de lluvia. Ni cortos ni perezosos nos pusimos a orinar en los pasillos, evocando un paisaje sonoro similar y fuimos bajando escaleras interminables, hasta llegar a la calle. Después de eso, Luimmi arrancó con los acordes y concluimos pidiendo propinas en el metro, ya de mañana.

También Luimmi trató con los dueños de un local de Aranjuez para que nos permitieran tocar. Yo pensé que el asunto no había quedado zanjado, no sabía cómo iba a llevar el teclado hasta allí, dónde pasar la noche y tampoco habíamos ensayado nada, así que terminó ofreciendo él solo el concierto.

Cuando la disolución de los Jokers era más o menos evidente, Luimmi y yo decidimos fundar *Los Mateo*, en honor al primer hijo que había tenido Maese hacía no demasiado. Por aquel entonces un amigo, Ch, me había cedido un teclado bastante malo y viejo, pero que funcionaba a pilas y era fácilmente transportable. Llevé el teclado al piso del

centro de Madrid donde vivía Luimmi y preparamos nuestra primera actuación. Las compañeras de piso de Luimmi preguntaron por mi nombre, a lo que respondí que me llamaba Frédéric, Frédéric Chopin. A partir de entonces fui conocido allí como el Chopin. La flauta mágica fue la sala elegida para dar el recital, sala que contaba con un piano y un escenario minúsculo, en el que nos acoplamos con dificultad a pesar de ser solo dos personas. Al concierto acudieron amigos y familiares de Luimmi, mi novia Julia y algún que otro espectador espontáneo. El programa era completamente surrealista, con textos recitados, letras en alemán, locuciones radiofónicas, temas de Luimmi, una versión de Nina Simone y *El rallador de pan*, el single de la maqueta Nini. Durante el concierto perdí el equilibrio en mi taburete y apunto estuve de rodar por los suelos. En un momento del concierto Luimmi discutió conmigo sobre un arreglo, la cosa iba en serio, pero todos pensaron que formaba parte del espectáculo. Tuve que salir rápido de allí porque perdía el autobús de vuelta a mi casa. Nuestro recital estaba planteado de forma breve, con un merecido y prolongado descanso entre medias y, al acabar tan pronto, el dueño de la sala se lo recriminó a Luimmi.

Antes de Los Mateo, también fuimos a un local de ensayo con otros dos amigos de Luimmi, un bajista y un batería que tocaba también el trombón. En aquel ensayo, en parte improvisado, compusimos una canción jazzística a partir de una letra heavy que había colgada en una pared propiedad de otro grupo y que repetía la palabra *puta* constantemente. También Luimmi estuvo en una sesión con Ch, del que hablaré en el próximo apartado.

The prearrecife files
Capítulo V

Una mañana, bastante temprano, me encontraba bajando una cuesta cercana a mi casa para coger el autobús. El suelo estaba helado, y el autobús había parado a recoger viajeros, pero no iba a estar allí mucho tiempo detenido. Empecé a andar más deprisa y vi como alguien me adelantaba, pues también tenía intención de subirse al autobús. Aquel hombre resbaló y dio una voltereta por el suelo, de manera acrobática. Los dos perdimos el autobús y, mientras esperábamos el siguiente, entablamos conversación. Aquel personaje sería conocido a partir de entonces como Ch.

Producciones Sch:

Ch también había cursado sus estudios en el colegio de Luimmi, cosa que no descubriría hasta mucho tiempo después. Además de estudiar un módulo de cocina, había dado algo de audiovisuales y su pasión era grabar cortometrajes. En la escuela donde aprendió las nociones básicas sobre imagen y sonido, consiguió un paquete de *loops* que compartió conmigo. Un paquete bastante valioso y difícil de conseguir por aquel entonces, sería un material muy recurrente en mis primeras producciones propias. Ch andaba a la sazón grabando una suerte de maqueta en la que llegué a colaborar. Con los loops confeccionaba instrumentales a las que luego añadía sus propios versos, en una especie de hip hop bastante particular. Registraba la voz con su cámara de vídeo. Pensó que su cámara no podía grabar imágenes y me la prestó, cuando se la devolví, después de bastante tiempo, advertimos que funcionaba sin ningún problema. Esto sería antes de que aprendiera a tocar la guitarra de manera autodidacta y, ayudado por algunas pocas nociones que le ofrecí, derivara a un rollo más *cantautor surfero* con el que nunca llegué a comulgar. Ch me enseñó a cablear mi viejo teclado Casio, y un verano en Palma de Mallorca, compuse decenas de instrumentales con este método.
A pesar de que el sonido de *Producciones Sch* no estuviera a nivel de los estudios Abbedy road, en aquellos tiempos su rudimentaria tecnología era puntera. En cuestión de sonido, en mi reducido ámbito, nadie había logrado acercarse a aquellos estándares de calidad.
Recuerdo compilé su maqueta en un CD y lo escuchamos en el coche de Maese. Ch había concebido el disco como *la maqueta nazi*, esto es, no había cortes, sino que toda la grabación se reproducía de principio a fin sin interrupción. Un solo track de media o una hora, vamos. Cuando los Jokers llevábamos cosa de siete o diez minutos reproducidos, el lector de cd falló y, al no poder avanzar en la grabación hasta donde lo habíamos dejado (todavía el primer tema), comenzó desde el principio, cosa que nos hizo abandonar la escucha.

Más tarde o temprano, mi padre adquirió un teclado de bajo coste en el *Lidl* para regalármelo. El teclado era horrible, pero lo llevé a algún que otro ensayo solo porque era fácil de transportar. Lo trascendente de esto es que, en el manual de instrucciones del teclado, descubrí la forma de dar el salto del mundo analógico al digital, a pesar de que tardara muchos años en solucionar serios problemas de latencia. Con el tiempo fui abandonando los métodos de Ch y adentrándome en formas más apropiadas para mis producciones. No obstante, hay que reconocer que Ch puso la primera piedra en este

camino. Antes de que me adentrara en el mundo analógico, mis primeras grabaciones las conseguí con el uso de un programa de notación que compré en el Corte Inglés, introduciendo las notas, una por una, a golpe de ratón en una partitura. También usaba una grabadora de cintas pequeñas, que funcionaba a pilas, donde grabé mi piano de pared desafinado. Antes de dar el salto a la tecnología Ch, también llegué a registrar algunos experimentos en la memoria del teclado Casio, que se borraba cada vez que el teclado perdía corriente, luego utilizaba una cámara web para captar el sonido crudo de los altavoces del teclado con la grabadora de Windows.

Por lo demás, en mi continuo peregrinar cargado con diversos teclados en el transporte público, ocurrieron cosas más o menos extravagantes. Si el teclado era grande, como el viejo Casio, había de dejarlo en la bodega del autobús y avisar al conductor, al bajarme, que iba a recogerlo. Así lo hacía siempre hasta que una vez, el conductor emprendió la marcha en cuanto me bajé. Corrí paralelo al autobús bastantes metros, rotonda incluida, golpeándolo hasta que el conductor lo advirtió y paró, de modo que pude recoger mi instrumento.
En otra ocasión, cuando bajé en mi parada, una chica se me acercó y me preguntó si lo que llevaba conmigo era un teclado. Me dijo que me había visto en otras ocasiones, pero no se había atrevido a preguntarme. Esta chica tenía un grupo de versiones de soul, cantaba en las fiestas del pueblo y andaba buscando teclista. Ensayé un día en Madrid con su grupo, pero el asunto no prosperó. Yo albergaba la esperanza de que se prestara a grabar las voces de la maqueta en la que estaba trabajando entonces, el Nini, maqueta para la que no encontraba vocalista y, a decir verdad, tampoco sabía bien dónde buscar. La maqueta, de corte indie y bastante poco comercial (en otra dimensión completamente alejada respecto a las versiones soul, por poner), tipo *Los planetas*, quedó con mi triste voz provisional mal grabada gracias a la videocámara de Ch o micrófonos de baja gama sin amplificar. Ante un resultado tan lamentable, sería la última vez que consideraría grabar voces en mi estudio. La maqueta, en este pésimo estado, llegó hasta casa de Maese, donde fui a conocer a su hijo Mateo. La escuchamos mientras cenábamos en familia.

En relación al género hip hop, cuando estudiaba en el colegio de Ch y Luimmi, solía tratar bastante con lo que fue considerado una *mala compañía*. Este hecho ayudó bastante a que fuera expulsado de aquel colegio, sin duda. El chaval, que residía en una zona deprimida, me puso en contacto con la cultura del grafiti y el rap. Recuerdo me prestó un casete que me definió como *oro*, del grupo *Cypress Hill*. Bajo la más absoluta clandestinidad, subí con mi hermano a la buhardilla, único lugar de mi casa donde podían reproducirse cintas de casete. Apenas habían transcurrido unos minutos de emisión, mi madre nos lanzó un grito desde el piso de abajo, llamándonos al orden, presuponiendo que estábamos yendo por *el mal camino*.

The prearrecife files
Capítulo VI

Constantemente, en mi entorno, recibía la dura sentencia de que era imposible que algún día fuera a ganarme la vida con la música. De tal modo que, dispuesto a llevar la contraria una vez más, me convertí en un

Mercenario:

Adquirí conciencia que era necesario sacrificarse y tocar lo máximo posible en agrupaciones que se alejaran de mis gustos, solo por el dichoso dinero. A través de internet, ojeé numerosos anuncios para descubrir que Madrid no era, ni mucho menos, una ciudad con un mercado artístico en el que labrarse un porvenir con facilidad. Yo no sabía entonces que, dentro de este mercado, los teclistas lo teníamos algo más fácil que la gente que cantaba o tocaba otros instrumentos más populares, así que un día, cuando vi un anuncio de un grupo *oscuro* que solicitaba teclista, me pareció algo excepcional. Cuando contacté con el grupo, me dijeron que solicitar teclista era algo muy común dentro de su espectro pero que, ante la baja oferta de teclistas que había, mucha gente renunciaba a anunciarse, directamente. Lo mismo me pasó con otras bandas con las que contacté, su anuncio llevaba en internet cosa de dos años sin recibir respuesta.

Así pues, quedé con los llamados *ID* (nombre en clave). Yo no sabía de qué iba la película pues ellos no se definían así mismos como una banda *Heavy*. No les gustaba que les encuadraran dentro de la extensa lista de grupos del metal nacional que tocaban todas las variantes y fusiones posibles e imaginables de este género. Cierto es que iban vestidos de negro, lo cual me hizo sospechar. Su estilo, según ellos, se encuadraba dentro del *goth/post rock* y lo que yo no sabía es que previamente a su estado actual, habían estado explorando con el *thrash*.
Lo que me hizo decidirme fue su álbum. Que una banda tuviera grabado un álbum con aquella calidad, cuando la fiebre del *home studio* no estaba extendida, era todo un hito. Los temas, por lo demás, lejos de parecerme hits, los consideraba tolerables y abordables y, desde mi perspectiva de mercenario, veía que *ID* podía ser una buena apuesta. A esto había que añadir que contaban con miles de seguidores en su MySpace, el lugar de moda para la música emergente de entonces. Cuando hablé con ellos, me aseguraron que recibían numerosos mails de fans de todo el globo. Sea como fuere, como todos sabemos, MySpace acabó hundiéndose y el perfil de ID desapareció, quedando solo muy pocas huellas en internet de la banda.

El líder del grupo trabajaba en una tienda de instrumentos musicales, de manera que era una especie de *Inspector Gadget*. Tocaba una *guitarra midi,* algo bastante poco visto en aquella época. El segundo guitarra era alumno suyo, un tipo bastante callado y que seguía a pie juntillas todas sus directrices. El líder era bastante friki y se me atravesó desde el principio. En tono de broma, alguna vez le dije que para qué quería una guitarra que sonase a campanitas, porque se supone que los temas de la banda eran *oscuros*, no villancicos. Él me respondió, de modo irrefutable, que esas *campanitas* eran las mismas que aparecían en el álbum, lo cual debió darme una pista de por dónde iban a ir los tiros.

Dispuse, en los ensayos, de un módulo de sonido (como *el bicho* de los Jokers) conectado a un teclado bastante cutre que el bajista había adquirido para la banda a base de fascículos de un curso de sonido. Además de eso, yo me llevaba mi teclado del Lidl, que casi sonaba mejor que aquel invento. La vocalista, antes de mi llegada, era la encargada de los teclados, labor en la que se defendía bastante bien, pero que le costaba compaginar con su rol principal. Todos estaban algo afligidos por la marcha de su anterior teclista, una chica extranjera que volvió a su país. La tenían bastante cariño, por lo que pude ver, y cada vez que alguien la recordaba, se hacía un respetuoso silencio como en un funeral.

Al finalizar un ensayo, el baterista se ofreció a acercarme a la estación de metro en su coche, todo un detalle. Así pude conocerle un poco en los menos de cinco minutos de trayecto. Observé que llevaba numerosa parafernalia de la banda y nada más encendió el coche, saltó alguna pista del álbum de los ID. *Esta gente va en serio*, me dije. El pobre hombre estaba preocupado porque sus percusiones sonaban bastante diferentes de las del álbum, un trabajo al que la banda rendía homenaje como si fuera el santo grial. Yo le expliqué que aquellas baterías del disco habían sido programadas por el líder y que, al margen de ser buenas o malas, quizá tuvieran dinámicas difíciles de ser llevadas a un instrumento real. Le animé para que encontrara su estilo y su hueco, y dotara los temas de humanidad y sello personal, dentro de sus limitaciones. Imitando algo siempre vas a ser una imitación, pero creándolo, vas a ser único. No sé si mi aporte le abrió nuevas miras, le pareció un sacrilegio contra la religión del grupo, o acaso sirvió para hundirle más.
En otra ocasión, confundí la hora de ensayo, y llegué una hora antes. Estaba en la calle, muerto de aburrimiento, y me puse a escuchar en mi mp3 el último tema que había sacado para el Nini. *Las flores de Andrómeda*, creo que era. En esto se me acercó el bajista y le pasé la grabación. El hombre se sorprendió bastante y no sé hasta qué punto era verdad, el caso es que me dijo que los *ID* eran un grupo abierto a nuevas influencias e innovaciones. Quizá solo fuera por retenerme en el grupo ante la escasez de teclistas, o quizá pensara que los *ID* eran realmente así, lo cual podía ser posible en las octavas en las que su bajo se desenvolvía, pero yo lo único que veía era un férreo control por parte del líder y una voluntad inquebrantable de hacer sonar las cosas tal cual estaban grabadas en el santo grial.

Yo esperaba que fuéramos a dar un concierto y a hacernos millonarios, al tiempo que barajaba las posibilidades de boicotear el control del líder sobre su grupo. También estaba interesado en conocer a la vocalista, quién sabe, lo mismo me ayudaba con mi maqueta. Sin embargo, a la salida de un ensayo, fuimos a tomar unas cervezas y a ver un partido del atlético de Madrid. No tardaría en recibir un correo del líder diciendo que estaba expulsado de la banda. Fuera de asuntos personales, debo reconocer que parecían buena gente y se portaron de forma excepcional conmigo. No pagué ni un solo ensayo, ni tampoco aquella última cerveza en un bar de viejos. Más no se podía pedir.

The prearrecife files
Capítulo VII

En mi labor de mercenario musical, no tardaría en encontrar el *sanctum sanctorum* de todo mercenario y renegado de la música

El mundo orquestero (primer pase):

Antes de ensayar con *ID*, un verano contacté con los fundadores de la *Orquesta B* (nombre en clave). Cuando me entrevisté con ellos en una cafetería del centro de Madrid, descubrí que se trataba de una pareja más o menos de mi edad, el baterista y la vocalista principal, parecían bastante majos. Hasta el momento de la entrevista, cuando me dijeron orquesta, yo pensaba que se trataba de una suerte de filarmónica, pero ellos me definieron el concepto de otro modo. Llevaban también otro grupo paralelamente, donde, al tiempo que no perdían la visión comercial, satisfacían mejor sus gustos a través de la línea soul. Daba la impresión que sabían moverse en el mundillo, de hecho, se ganaban la vida con la música, algo que se habían hartado de decirme era imposible.

Iba a entrar en sustitución de su teclista porque este se iba de vacaciones con su familia (hecho que sus jefes no entendían), y no podía asistir a un concierto que la orquesta ofrecería en Trijueque, quién sabe si aquello tendría continuidad. Por lo pronto, ellos prometían trescientos euros, siendo la mitad de esos trescientos el pago habitual. Ni que decir tiene que aquello era mucho más de lo que podía esperar y, de puertas a dentro, pensé que incluso podría hacer aquel trabajo sin recibir dinero, solo por mero placer. Al fin y al cabo, se trataba de música, mi pasión. El concierto estaba programado para dentro de un mes o dos y me preguntaron si sería capaz de aprender un gran volumen de temas muy variados, entre ellos pasodobles. No había tocado un pasodoble en mi vida y, según me puse a escucharlos, me pareció una música muy difícil. El baterista me los perdonó a condición de que estudiara a conciencia el resto de temas. Me dijeron que me centrara en *los obligados*. Yo no tenía la más remota idea de qué era eso, pero para no demostrar mi falta de experiencia, revisé todas las armonías del repertorio, labor que fue mucho más compleja y me llevó bastante más tiempo que la que tenía que limitarme a hacer.

Los ensayos en Vallecas quedaban lejos, pero después de ir a la facultad de Aranjuez para mí no representaba distancia. La orquesta ensayaba en una sala del auditorio municipal. Hasta allí llevé mi viejo Casio un par de veces tan solo, la primera, pretendiendo usar sus altavoces incorporados, idea que despertó la perplejidad del baterista y desveló seguramente aquella falta de experiencia que en principio quise ocultar. Para mi sorpresa, en el primero de los dos ensayos, me encontré al chico al que iba a sustituir. Yo me sentí un poco incómodo ya que la relación entre él y el baterista no atravesaba su mejor momento. Tampoco yo, en principio, se supone que debía llevarme muy bien con él, pues había venido a robarle el puesto. Tenía en la sala su teclado Korg, mucho más moderno, caro y compacto que mi Casio, marca, esta última, que no era del agrado del batería. El teclista resultó ser un chico muy majo y, mientras

el baterista y la cantante posiblemente salieron a discutir sobre si yo debía seguir en la banda, se sentó en la batería e improvisamos un blues.

Estuve todo un mes o dos preparando el repertorio, tratando de ganarme aquel puesto, trabajando mucho y con constancia, con sentimientos encontrados. Gracias a la ayuda del batería, mi labor fue mucho más eficiente, pero, visto con perspectiva, estaba claro que yo no debía convencerle mucho y, si estaba allí, era porque en aquel momento no había otra cosa mejor. La escasez de teclistas, ya se sabe. Aunque en la entrevista afirmó que sus conocimientos eran limitados (lo mismo porque en un principio me vendí como un consumado intérprete de clásica), era bastante técnico y perfeccionista, y le gustaba dirigir con bastante dureza al resto de músicos. Él pagaba, él tenía la razón, y mucho más no había que discutir. Así funcionaban las cosas en el *business*. Su novia no tenía tantos conocimientos musicales y más humildad, sin duda era el poli bueno. Prefería manejar los hilos a la sombra sin tanta confrontación sangrienta.

En un descanso de uno de los ensayos tratamos con una banda punk que también venía a ensayar al auditorio. Nos ofrecieron escucharles y profesaron su admiración por las orquestas pachangueras, quien sabe si por ganarnos como público. Cuando se encerraron a hacer ruido, los de la orquesta agradecieron haber declinado la oferta. Yo me sentí más cerca de esta banda de *amateurs* que de la de los mercenarios, pero traté de convencerme que estaba en el lugar correcto, solo por la pasta. Beber litronas mientras aporreas instrumentos no tenía mucho futuro. Eso quería pensar.
A parte de la cantante principal, la orquesta contaba con otros dos cantantes. Un señor mayor bien vestido y bastante educado, y otro chico más joven, este, por el contrario, bastante indisciplinado y con un aire canalla que lo convertía en un verdadero mercenario. Tenía mucho que aprender de él. El baterista y su novia, principalmente esta última, no estaban contentos con su trabajo, y estaban planeando sustituirle. Lo mismo le largaron antes del concierto de Trijueque, no lo recuerdo con exactitud. El bajista era un chico más joven que yo, de la edad del teclista, llevaba rastas y camisetas del Che. Muy buena gente, recuerdo que me explicó cosas sobre tablaturas y trastes, aunque no supiera mucho de música. El baterista le recriminaba de vez en cuando de malos modos, pero nunca vi al bajista ni un solo mal gesto o protestar lo más mínimo. De su parte, el guitarrista era bastante profesional, de origen mexicano. Tuve una conversación con él en uno de los viajes de vuelta de algún ensayo. Quiso interesarse sobre mis estudios de Bellas Artes y cuando le hablé de cosas un poco contemporáneas, al punto manifestó su desaprobación.

Mi novia Julia quería acompañarme al concierto, pero yo pensaba que aquello era una cuestión de trabajo y era mejor que no estuviera allí. En cambio, no supe negarme y, a decir verdad, agradezco que viniera. A mis jefes, en contra de lo que pensaba al principio, no les pareció mala idea, incluso la invitaron a subir al escenario, pero Julia no se atrevió.

Como ya he dicho, el baterista no era muy amigo de la marca Casio, así que se las ingenió para que el teclista oficial me prestara su Korg para el concierto. Yo no tuve mucho tiempo de familiarizarme con él, pero para el concierto había aprendido a defenderme. La verdad es que la cosa no se estaba desenvolviendo como había pensado pues, el chico

al que había ido a robar el puesto, al final me prestaba su teclado sin conocerme, sin ninguna garantía de que se lo fuera a devolver, pues, como he dicho, era bastante caro. En adición, había resultado bastante amigable. Ya que Julia quería venir al concierto, consideré necesario prescindir de la furgoneta de la banda y acercarme hasta Guadalajara en tren, por mis propios medios. El baterista me ofreció, además, trabajar montando y desmontando el escenario, pero yo en aquel momento imaginé que tendría que llevar cables y equipos, y no tenía preparación suficiente, lo mismo estropeaba algo. El dinero me hubiera venido bien, sin duda, y seguramente no hubiera necesitado preparación para cargar con andamios, de modo que al baterista le extrañó que tomara esa determinación. No era muy mercenaria, la verdad.

Julia y yo salimos bastante pronto de Madrid y llegamos con tiempo suficiente a Guadalajara, en previsión de lo que pudiera ocurrir. El viaje fue largo y el Korg del teclista pesaba lo suyo. En la estación, estuvimos esperando más de seis horas. Nos dio tiempo a comer, a tomar café y a cocernos bajo un sol abrasador. Yo pensé que nos recogerían pronto y de tanto esperar, empecé a sospechar que se habían olvidado de nosotros o habían decidido prescindir de mi en la actuación. Finalmente, la cantante vino a recogernos en una furgoneta, cogimos el sentido contrario a Trijueque, y cuando llegamos al pueblo, apenas tuvimos tiempo de montar. La cantante me dio un bocadillo, detalle que merece ser anotado. No quise beber ni una gota de alcohol, también merece ser anotado. Cuando desenfundé el Korg, me di cuenta de que faltaban todas sus perillas y era muy probable que, sin ellas, el teclado no funcionara bien. Había muy poca luz en el escenario y, a duras penas, logré localizarlas en la bolsa y conectarlas. Por suerte no se había perdido ninguna.

Debido a la falta de luz, a que mi soporte tenía poca altura y a que no disponía de un atril donde colocar las partituras (estas se volaban con el viento), leía muy mal la música. Los repetidores fallaban también de tanto en cuando. No había un repertorio establecido de antemano, de modo que no sabía qué canción íbamos a tocar hasta el momento de abordarla. El baterista alegó que él elegía las canciones según veía cómo iba evolucionando la noche. Eso me obligaba a rebuscar entre las partituras y a configurar el teclado un poco apurado. Posteriormente, me di cuenta que ensayé muchas más canciones de las que se tocaron esa noche, lo cual, fue peor para todos, pues un número más reducido de temas los hubiera trabajado mejor.
A todos estos inconvenientes, había que sumar que el guitarrista mexicano avisó que se había roto una mano justo el día antes del concierto, con lo cual no había guitarra, y el pobre bajista se iba de tonos. El baterista había secuenciado los dichosos pasodobles de modo que, cuando sonaba uno, yo no tenía que tocar. Aquello me daba un respiro. Uno de los técnicos, mientras yo simulaba que estaba tocando un pasodoble con más de veinte pistas simultáneas, me preguntó: *¿Qué, suena bien la maquinita eh?* Una chica joven del público subió al escenario con motivo de despedirse de la banda. Era comprensible porque, según nos dijo, tenía que volver pronto a su casa. Yo la di un par de besos mientras la maquinita seguía tocando. Otro hombre completamente borracho saltó al escenario y se quedó tirado en el centro. El público, en un momento dado, empezó a lanzarnos botellas y toda serie de objetos. El baterista se pasó toda la noche gritándome, no sé si tratando de ayudarme o simplemente estaba descargando toda su

rabia e impotencia contra mí. Empecé a tener la sensación de que aquel concierto no iba a acabarse nunca.

En medio de todo aquel caos, vi a Julia bailando en la pista y mirándome enamorada. Ella, al igual que mucha gente del público, con toda seguridad no se daba cuenta del completo atentando sonoro que estaba teniendo lugar. Aquel nuevo género *avant-garde* hubiera merecido entrar en el manifiesto de los Jokers y, ya que sabía que a nuestro guitarrista mexicano no le gustaban las cosas contemporáneas, entendía por qué faltaba en aquel concierto. En un momento, pasó mi vida musical delante de mis ojos, mientras el batería me gritaba y yo trataba de hacer lo mejor posible. Las audiciones del conservatorio donde me ponía a llorar, pero debía seguir tocando a toda costa, mi familia apoyándome o maldiciendo mi decisión de ser músico… se me saltaron las lágrimas y aquello fue peor, pues, entre las lágrimas y los mocos, tocar era mucho más complicado. No llevaba conmigo un triste pañuelo. Al cabo, conseguí recuperarme y reírme de aquella tragedia. Al final del concierto mi papel fue haciéndose menos relevante y los técnicos cogieron sus guitarras y tocaron algunos temas, poniendo el broche final a aquella noche endiablada.

No quise reclamar mi dinero, después de todo aquel asunto, el dinero era lo que menos me importaba. Sin embargo, el pago fue inmediato, quien sabe si al tratarse de una remuneración excepcional no querían tentar a la suerte de cara a posibles problemas legales. O quizás, simplemente, era su filosofía y entendían que los músicos nos ganábamos con creces nuestro sueldo. El día que fui a cobrar, la vocalista me pidió una valoración del concierto y yo le dije que muy bien no había sonado, pero que, entre unas cosas y otras, habíamos salvado la noche de la mejor manera posible. El baterista no apareció, igual estaba ocupado en otros asuntos, igual tenía pocas ganas de verme.

Tiempo después de esta experiencia, un amigo de Julia, también teclista, nos invitó, a Julia a mí, a uno de sus conciertos. Calculamos mal el trayecto y llegábamos bastante tarde. Conforme nos fuimos acercando, fui descubriendo que íbamos de camino hacia el auditorio de Vallecas. En la sala principal, escuché unos golpes de batería que me resultaron familiares. Ya sabréis quien estaba tocando.
Resultaba que el amigo de Julia era el nuevo teclista de la *Orquesta B.* Cuando la vocalista me vio aparecer, quedó más que sorprendida. Yo no sabía muy bien cómo reaccionar y le dije la verdad: que había venido a ver al amigo de Julia. No recuerdo que su novio me dirigiera la palabra. Gracias al amigo de Julia supe que la *Orquesta B.* se extinguió al poco tiempo, también que él, personalmente, no había estado del todo a gusto trabajando allí. Según me comentó, el baterista había alegado que el anterior teclista, es decir, servidor, tenía problemas con el ritmo. No era un camino de rosas la vida de mercenario.

The prearrecife files
Capítulo VIII

Después de aquella experiencia y mi expulsión de los *ID*, proseguí con mi búsqueda de grupos. Aunque tuviera que ganar menos dinero que en una orquesta, sopesé que, por algún lado o por otro, la cosa debía compensarme. Lo de los grupos tributo no me llamaba mucho la atención pues, fuera de los Beatles, no veía tributos que me entusiasmaran lo suficiente, y tributos de los Beatles a la búsqueda de teclista no había en aquel momento. Contacté con una chica, Isabel, que cantaba y tocaba la guitarra. Lo que viene a ser:

La aventura del cantautor:

Isabel y su primer espada, Jesús, también a la guitarra, provenían de un grupo anterior, del que, por lo que me contaron, habían tenido una mala experiencia. A partir de ahí, Isabel se lanzó a escribir sus propias canciones y estaba dispuesta a recorrerse todo Madrid defendiendo su arte. Yo no le oculté el hecho de que, para mí, fundamentalmente, lo principal era dar conciertos y ganar dinero. Isabel, además de querer vivir de su música, contaba con un nutrido programa de actuaciones y, cada vez que acabábamos un concierto en una sala, teníamos planeado el siguiente, con lo que podía decirse que, dentro del raquítico panorama musical, aquello estaba bastante bien planteado. En suma, por muy malas que fueran las canciones de un grupo, siempre me pareció mucho más valiente probar con tu propio material que adentrarte en el trillado terreno de las versiones.

Isabel era más joven que yo y Jesús algo mayor. Además de la mala experiencia en aquel grupo, Isabel acostumbró, en sus inicios, a cantar en misa. Hacía poco que había empezado a tocar la rítmica, pero traía sus temas bien acompañados y bastante pulidos, sin ornamentos ni filigranas, con las ideas claras, vamos. Era, por definirlo de algún modo, un *pop sentimental*, contundente y bien estructurado. Una de sus principales influencias era Christian Castro, del que tomamos prestada alguna canción. Yo, por aquel entonces, mostraba mi complacencia con algunas canciones de La Oreja de Van Gogh, filia que me ruborizaba, pero basta para hacer ver que el estilo de Isabel era, sin ser mi preferido, como el caso de los *ID*, abarcable y bastante soportable.
Jesús, de su parte, era un entusiasta de la música y tocaba en varios grupos. Uno de ellos era un tributo a *The Police*, donde ejercía de bajista, si no recuerdo mal. También andaba experimentando con grabaciones caseras, tenía un gusto bastante raro y alternativo que era muy contrastado con el espectro de Isabel. No obstante, formaban un buen equipo, y Jesús aportaba su experiencia y medios a las canciones de Isabel. Recuerdo que, en algún momento, para promocionar nuestro directo, Jesús se reunió con Isabel para grabar algunos temas con la ayuda de algún contacto que dominaba el asunto de las producciones. Isabel también prestó su voz a algunas composiciones que Jesús había realizado, pero que no tocábamos en el grupo. Isabel no se encontraba demasiado cómoda en la línea de Jesús, a mi ver mucho más interesante que la de la primera, pero quizá más restringida comercialmente.
Nunca me avisaron de que esta maqueta iba a ser grabada y me enteré del asunto cuando me enseñaron los resultados. Ni que decir tiene, con lo que me gustaba el tema

de las grabaciones, que hubiera estado encantado de trabajar en aquella maqueta. Jesús era buen tipo, de profesión abogado o fiscal, algo así, bastante silencioso y afable. Siempre se mostró majo conmigo y me pareció sincero, pero por algún motivo no veía bien mi presencia en los estudios de grabación. Quizá Isabel tampoco.

En los primeros ensayos que tuvimos, nos acompañó un baterista conocido de Isabel, un chaval bastante mañoso que también se manejaba con la guitarra y las percusiones. El chaval era menor de edad, lo cual suponía (el conocimiento de leyes de Jesús nos avisó de esto), que no podríamos llevárnoslo de gira. Además de esto, el chaval estaba enamorado de Isabel y esa era la principal razón por la que ingresó en el grupo. No tenía dinero para pagar los ensayos, de otra parte. Tras su abandono, quedamos los tres como componentes y ni Isabel ni Jesús vieron la necesidad de ampliar la plantilla. Quedaba claro que, cuantos más fuéramos, más tendríamos que repartir y más conflictos podrían surgir. Bastante heterogéneos éramos ya los tres como para incluir un cuarto elemento en la mezcla.

Ensayábamos en diversas salas de Carabanchel y aquello nos suponía un gasto importante. Por suerte aquellos ensayos no eran tan experimentales como los de los Jokers, y se puede decir que íbamos al grano. Pronto empezamos a girar. Muchos de los conciertos que dimos estábamos los tres tocando en una sala, completamente solos. En otros se acercaba a escucharnos la madre de Isabel o alguno de sus amigos. También Julia, claro, junto con la novia de Jesús, aparecieron por allí. Más tarde lo haría el novio de Isabel. Lo habitual era no cobrar nada y, si cobrábamos algo, no eran más de diez o veinte euros por cabeza, dinero que se esfumaba en una hora de sala de ensayo. En algún sitio nos invitaban a tomar algo, en otros teníamos que pagar si queríamos consumir y, en los que tenían entrada, obligábamos a pagar a nuestros invitados o teníamos que pagar por ellos. Yo, si el concierto caía entre semana, debía despedirme rápido pues no había autobuses de vuelta a mi casa demasiado tarde. Durante algún tiempo compartimos cartel con otro cantautor conocido de Isabel, que era, además, técnico de sonido. Colaboramos así durante algún tiempo, pero desapareció de la noche a la mañana. Cuando la cosa estaba ya rodada, decidí arriesgarme a invitar a los Jokers y a algunos amigos de la facultad a uno de nuestros conciertos. Hubo un malentendido con el horario, o simplemente llegaron tarde, el caso es que Maese pagó su entrada para escuchar los últimos acordes de nuestra última canción y los demás aparecieron cuando el concierto había terminado y mi Casio estaba ya en su funda improvisada. Puntualidad y Bellas Artes no suelen ir de la mano.

El cenit de este grupo, que nunca tuvo nombre salvo el artístico de Isabel (a pesar de que Jesús, socarronamente, propusiera el de *Isabel y Fernando* y yo el de *Intérprete desconocido*), creo que se dio cuando tocamos en la Fnac. Se mascaba en el ambiente que aquel iba a ser un concierto excepcional. En la Fnac, por entonces, no tocaba ningún grupo fácilmente. Además de pasar una criba, previo álbum grabado, book con fotos y demás, había una lista de espera que duraba meses o años. Por descontado, la Fnac no pagaba a los artistas. Os preguntaréis por qué entonces tanto bombo con la Fnac, la respuesta es que había una especie de leyenda negra entre los artistas consistente en que aquel era uno de los mejores sitios para promocionarse. Las ansias de los artistas emergentes para llegar al estrellato hacían el resto.

Uno de los grupos con los que Jesús tenía relación, rock pesado y ruidoso, con una larga trayectoria a sus espaldas, se había disuelto. La vocalista y otro integrante del grupo, que eran pareja, habían roto y este grupo tenía un concierto programado en la Fnac. Jesús propuso entonces a la ex vocalista hacer una suerte de Frankenstein entre nuestro grupo y ella, con temas de las dos formaciones, de manera que no desaprovecháramos aquel esfuerzo ni aquella oportunidad. Temas que, como es de verse, entre sí no pegaban ni con cola. Aunque las canciones del grupo extinto estuvieran compuestas por la pareja, la ex vocalista, de profesión barrendera, se declaró propietaria de sus derechos. Una de las cosas más interesantes que recuerdo me dijo, fue que era increíble lo mal que valorábamos la música, incluso los propios músicos como ella. Recordaba haber discutido con su ex por encontrarle tocando la guitarra mientras ella hacía las labores de la casa, pero al punto se dio cuenta de que su ex, realmente, estaba trabajando.

Tras llegar a la Fnac y atravesar estrictas medidas de seguridad (parecía el Pentágono), vi que allí estaba trabajando un antiguo compañero de la facultad con el que una noche de borrachera casi llegamos a las manos. Podía haber albergado sensaciones parecidas a las que sentí cuando aquel grupo de punk nos invitó a los de la Orquesta B a su ensayo, pero ya no tendía a considerarme más afortunado que nadie. No estaba la cosa para tirar cohetes. El concierto fue multitudinario (música gratis en una tienda, qué más se puede pedir), y el grueso del público lo conformó el ex de nuestra nueva vocalista y sus amigos, de negro, con cadenas, tatuajes y chupas de cuero, quienes nos invitaron luego a tomar algo en un pub irlandés, invitación que rechazamos entre otras cosas, porque el camino a nuestras casas en transporte público era bastante largo.
A parte de llegar a más gente de la que habríamos llegado tocando en cien salas desperdigadas por Madrid, el técnico de sonido, además de una persona encantadora, hacía un trabajo excepcional y puedo asegurar que, hasta la fecha, aquella Fnac fue el sitio en el que, en ese aspecto, más a gusto he tocado.

Al final del concierto no hubo fans pidiendo autógrafos ni nada similar. Todo lo más, una especie de desbandada. Nuestra nueva vocalista andaba bastante deprimida por el tema de la reciente ruptura y con la regla, Isabel no se mostró muy contenta pese a que la actuación hubiera sido impecable y Jesús y yo estábamos en nuestro estado habitual, ni frío ni caliente.

A medida que íbamos girando la cosa se iba apagando y los conciertos cada vez se daban menos. En una sala, dimos un primer pase nosotros tres solos y en el descanso se me ocurrió llamar a Ch, para ver si se podía acercar a hacer bulto. Yo no le había hablado mucho del proyecto de Isabel, así que cuando tuve que describirlo para avisarle de lo que se iba a encontrar dije en tono de broma: *una mierda*. Una mierda, en cuentas resumidas. A Ch no le apetecía acercarse a la sala y la verdad es que a mí no me iba la vida en ello. Cuando volví a la sala, encontré algo extraño en el rostro de Isabel. Lo mismo había escuchado mi conversación. Sea como fuere, no había más conciertos a la vista y nuestras energías, como he señalado, ya no eran las del principio. Isabel jamás volvió a llamarme, ni para tocar, ni para darme las gracias o despedirse y, que yo sepa, su carrera artística no tuvo mucha continuidad después de aquella época. Lo mismo cambió de nombre artístico, pero es poco probable. En las redes, de cualquier forma, no

dejó muchas huellas. Recuerdo que en los últimos tiempos empezó a cursar un módulo no relacionado con la música y una conversación con su madre en la que me preguntó de qué vivía, *porque de la música no esperes vivir*.

Cuando iba a tocar en La flauta mágica con Los Mateo, me encontré de casualidad con Jesús en el metro de Madrid. Iba con su guitarra a algún ensayo, yo con el teclado de Ch. Nos saludamos efusivamente y me dijo de volver a reunir a los *Intérprete desconocido*. Yo le dije que hacía tiempo que no sabía nada de Isabel, que ojalá se produjera aquel retorno. Nunca se sabe, pero lo veía complicado.

The prearrecife files
Capítulo IX

Mi escalada a la cúspide del éxito no estaría completa sin este capítulo, uno de los más llamativos de los archivos prearrecife, se trata de

No puedes ver:

Mi hermano me puso en contacto con un cantante y actor famoso que, tras varios años en silencio o dedicado a otros menesteres, había sacado disco. Hacía décadas ya, este hombre había alcanzado la cima en una España algo diferente a la que conocíamos entonces. Actuó en grandes festivales internacionales y giró algunos años por España y el extranjero, ganando considerables sumas de dinero cuando no contaba con demasiada edad. Su pasión por las motos de gran cilindrada le ocasionaría un aparatoso accidente que le mantuvo durante bastante tiempo hospitalizado, cosa de un año o dos, poca broma. Los costes médicos y su mala gestión económica derivaron en una situación precaria, situación que se agravó al no encontrar trabajo una vez estuvo más o menos recuperado. Su relación familiar se deterioró hasta el divorcio y se vio obligado a buscarse la vida de mil formas diferentes. Circulaba con una camioneta que le servía para hacer repartos, mudanzas o trabajos varios, y a la que siempre le faltaba gasolina. Vivía en Tetuán, con una compañera que trabajaba en correos, divorciada también, y que tenía a cargo a su hijo, a su madre, y a tres perros.
La estrella era una persona muy inquieta y con una energía arrolladora y contagiosa, absolutamente ilusionada por el proyecto de su nuevo disco, una grabación en la que había invertido una importante suma de dinero y en la que había plasmado bosquejos de su visión del mundo a través de un rock clásico muy depurado y con bastante nivel. No solo había grabado en un buen estudio, también había contratado músicos de primer orden. Cuando aquel material llegó a mis manos, tuve consciencia que, entre todos los proyectos que había participado, aquello podía ser con facilidad lo más grande.

La estrella vivía en un estado permanente de creatividad y le gustaba pensar a lo grande. Constantemente estaba dándole vueltas a la idea de volver a recuperar su sitio en el salón de la fama, para lo cual a veces encontraba soluciones prácticas y otras descabelladas. Una de estas ideas, por poner, era entrar en contacto con un capo de la mafia extranjero que había salido recientemente de prisión. Quería ofrecerle un espectáculo sobre su vida. Cierto es que yo nunca he tenido los pies en el suelo, pero cuando escuchaba cosas de este tipo, pensaba, *esto no puede ir en serio*. La gente de su entorno tendía a no intentar contrastar aquellas visiones, pero tampoco le hacían mucho caso. Cuando le conocí, había oído hablar de las redes sociales en su relación con la música emergente. Parecía que entonces los artistas, gracias a internet, se volvían multimillonarios de la noche a la mañana a golpe de clic. MySpace, como ya comenté, era el futuro de la música. La estrella se declaraba bastante nulo para la cosa digital, de modo que la primera misión que me encargó consistió en abrir un MySpace para la banda. Cosas como las del capo no podía rebatírselas, pues escapaban de mi comprensión, pero el asunto de MySpace ya lo tenía yo vigilado y le expuse con mucho cuidado que no esperara mucho de ese medio. Como artista, me he pasado la vida

escuchando sentencias lapidarias sobre la imposibilidad de mis sueños, de manera que no me encontraba muy cómodo siendo yo el Pepito Grillo de aquella función.

Nevaba en Madrid y tomé mi teclado del Lidl rumbo a Tetuán. Estuve algunos días ensayando en casa de la estrella junto con un baterista que había traído su cajón. El baterista se nos había unido a través de un mánager que estaba colaborando puntualmente con el lanzamiento del disco. El chico era extranjero y había venido a labrarse un porvenir a España. Era increíble como la voz de la estrella se conservaba en plena forma. Yo, sin embargo, debo reconocer que no andaba muy fino, y la labor de instrumentalizar aquel ambicioso disco rock lleno de guitarras frenéticas con mi teclado del Lidl y un cajón en momentos puntuales era complicada. A uno de los ensayos se nos unió el guitarrista oficial del disco, un japonés friki con trazas de mercenario que no solo tocaba la guitarra de manera espantosa, también tocaba el piano mejor que yo. De cualquier forma, tal y como me había anunciado la estrella en nuestra primera entrevista, yo iba a ser su mano derecha, y tenía trato especial o confidencias excepcionales como acompañarle a hacer la compra o comer con su familia.

Nada más entré al piso, advertí que la puerta no se podía abrir del todo. Mientras los perros no paraban de ladrar, a un lado de la entrada, detrás de la puerta, descubrí que había pilas y pilas de ejemplares del disco que nos convertiría en millonarios. La estrella me reveló su plan magistral: había gastado todo el dinero en uno de los mejores estudios, en el sueldo de los mejores músicos, todos los caprichos posibles… pero consideraba que la distribución y promoción del disco era una estafa y esa labor la podía hacer él mejor que nadie. Así pues, me mostró ufano la biblia, la clave del asunto: un grueso tomo con teléfonos y direcciones de todos los mánagers, radios y promotoras de España. Andaba introduciendo los discos en sobres y mandándolos a aquellas direcciones, pero en el momento actual no tenía dinero para sellos.

Los ensayos no prosperaban mucho, quizás yo no diera la talla o quizás el concepto voz y piano en un trabajo donde el piano no desempeñaba un papel relevante no terminaba de cuajar. La estrella contrató a dos mercenarios de raza negra (guitarrista y bajista, que se sumaron al baterista extranjero) y planeó un concierto en una sala emblemática de Madrid, al que fui invitado. Me desilusionó bastante no participar en él como músico, pero, de cualquier forma, cogí a Julia por banda y nos presentamos en la sala, entonces vacía, pues llegamos pronto con motivo de que no nos cobrasen la entrada. Yo ya sabía cómo funcionaba aquello. La estrella nos vio de milagro y nos quitó de encima los puertas de la sala, que ya estaban reclamando su dinero. La estrella estaba en la barra funcionando a base de orujo. Yo le expliqué que no podía quedarme a escuchar todo el concierto pues, al ser un día entre semana, perdía el autobús. Me dijo que no me preocupara y, para no molestar, Julia y yo ocupamos una de las mesas del fondo, cercanas a la puerta. La gente empezó a llenar la sala. Serían diez o quince personas a lo sumo. Arrancó el concierto y la cosa prometía, me intrigaba ver como los músicos habían desgranado aquel complejo trabajo en cosa de horas, labor que a mí me estaba llevando bastante más tiempo, pero no habían transcurrido ni dos minutos del primer tema, cuando consulté mi reloj y me di cuenta que tenía que salir de allí inmediatamente.

Pasó tiempo después de aquel concierto, hasta que el mánager nos consiguió una entrevista en una radio mainstream. Aquello tenía muy buena pinta. Me puse muy contento cuando la estrella me llamó, de improvisto, y me dijo que quería contar conmigo para el programa, que tendría una actuación en directo. Cosas de la vida, el mánager vivía bastante cerca de mí, de modo que nos recogió a mí y a mi teclado Casio con un coche de época (no debía vivir mal el mánager) y nos acercó hasta el centro de Madrid. Allí estaba la estrella con el percusionista de los primeros ensayos, el guitarrista japonés y un bajista que no había tocado nunca con nosotros. Este último venía recomendado de parte del guitarra. Cuando vieron mi pobre teclado (el mejor del que disponía), consideraron que era preferible mantenerme al margen de la grabación, no así de la entrevista. Puede ser que ya lo tuvieran en mente y la vista del Casio fuera ya la guinda. Grabaron y entramos en directo. Cosas de la vida también, resultaba que el presentador del programa y la estrella coincidieron en algún lugar remoto, antes de que fuera famoso incluso. Cruzaron un par de palabras tras el coloquio y se despidieron. Antes de eso, nos hicieron pasar al estudio y yo me senté al lado de un señor barbudo, bastante mayor, que no dijo ni una palabra. Dieron nuestros nombres y la estrella contestó a algunas preguntas, tras lo cual, pincharon el directo que habían grabado previamente. Estuvimos bastante tiempo en el edificio de la radio, matando el tiempo con anécdotas de la estrella y el guitarrista japonés, visitando la azotea y sacándonos fotos, pero realmente la emisión, con el directo y todo, debió durar cosa de tres minutos. La banda se fue a celebrarlo a un bar y yo me volví con el mánager y mi Casio en el coche de época.

De nuevo la cosa volvió a quedar varada hasta que recibí la llamada de rigor. Era necesario reunir a la banda de nuevo. Los mercenarios habían dejado plantado a la estrella, presumiblemente estarían pidiendo dinero. El percusionista había vuelto a su país ante la imposibilidad de sobrevivir en España, pero la estrella había conseguido contactar con un bajista y un guitarrista que nos ofrecían sus servicios y su sala de ensayo. Había un problema: había teclado, pero no había batería. Me encargué de poner anuncios en internet y conseguí contactar con una chica. Le pasé su teléfono a la estrella y concertamos el ensayo, en un pueblo perdido, en una nave industrial. El guitarrista y el bajista resultaron ser chavales bastante majos, se pasaban el día en aquella nave tocando y bebiendo cerveza, siempre que podían. Según creo recordar, conocieron a la estrella en el rodaje del videoclip. Se habían estudiado el disco al dedillo, les había encantado, y, según dijo la estrella, lo defendían mejor que los mercenarios. La baterista llegó con su padre pues no tenía mucha edad ni medios para acercarse hasta la nave. Estaba acostumbrada a tocar en baterías eléctricas y cuando probó la acústica de la sala, fue todo un mundo. No golpeaba con excesiva fuerza a gusto de los otros músicos, a saber qué clases de animales habían tocado ahí. El padre de la chica nos miraba alucinado cómo desplegábamos una buena dosis de energía y puro rock. Le hicimos bajar a comprar cervezas. Yo tenía un poco de miedo porque los temas se tocaran un poco rápidos, se lo dije a la estrella, y entre todos acordamos intentar ajustar un poco el tempo en la segunda sesión. El grupo, para unos primeros ensayos, sonó realmente bien, lo cual daba alas para presagiar que la futura gira fuera a ser un éxito rotundo.

Esperando la gira pues, recibí la noticia de que la estrella no había visto posibilidades de prosperar y se había marchado a Argentina. Luego viajó a Italia y allí ya le perdí la pista.

The prearrecife files
Capítulo X

Este apartado, propiamente, no pertenece a épocas prearrecife, sino que ya tuvo lugar cuando la Orquesta Arrecife estaba rodando. Tras el surgimiento de la agrupación *Derrape cerebral*, por unas cosas o por otras, me vi en la necesidad de volver a ejercer de mercenario, para lo cual, tuve que volver de nuevo a

El mundo orquestero (segundo pase):

A través de *WhatsApp* (la tecnología había avanzado a pasos agigantados en todo este tiempo), contacté con *Producciones Pepurri*, quienes me pidieron un acompañamiento para el tema de Los Panchos, *Si tú me dices ven (Lodo)*, a modo de prueba para la entrevista de lo que sería, *un grupo de nueva creación*. Con posterioridad, supe que lo que me habían pedido no era lo que había enviado, esto es, la grabación de unos acordes de piano. Aun así, fui seleccionado para el grupo (la escasez de teclistas, ya se sabe).

De vuelta a Carabanchel, íbamos a ensayar en unas instalaciones nuevas, que, para nuestra sorpresa, tendríamos que costear. Vimos alguna cucaracha por ahí rondando. Yo pedí prestado un soporte para mi teclado, pero lo estropeé y a partir de entonces no me miraban allí con buenos ojos. *Producciones Pepurri* era una mánager bastante atípica, una señora mayor andaluza. Su hija, ciertamente joven y con la sola experiencia en algunos musicales en el colegio o grupo de teatro, iba a ser la cantante femenina. Nos refirieron un intento de formar una orquesta, antes que la nuestra, y dijeron que los músicos habían salido en estampida. Este hubiera sido un dato muy relevante, pero, dada la común inestabilidad de los grupos musicales, pues lo pasamos por alto.
Nuestro baterista, proveniente de una familia de músicos, tocaba asiduamente en un pub irlandés. Era el más veterano. Según nos contó, además de impartir clases del instrumento, había hecho orquesta y atesoraba un conjunto bastante variado de malas experiencias. Una de ellas era tocar durante tres horas solo el bombo a pleno sol del mes de agosto para una prueba de sonido. Desempeñó un poco las labores de director artístico pero su talante, no era, ni mucho menos, similar al del baterista de la *Orquesta B*. Era mucho más dialogante y condescendiente, nada agresivo. Además de tocar la batería, sabía hacer coros.
Nuestro bajista era un hombre sudamericano de poca estatura. Al momento de verle, pensé que nuestro bajo era realmente bajo. Estaba algo mosqueado con el asunto de la orquesta y, cuando llegamos a la sala y empezamos a conectar los instrumentos, dijo que iba a por agua, o al baño, no recuerdo bien. El caso es que no volvió. Producciones Pepurri, pasado un tiempo de espera, se puso al teléfono y en media hora teníamos ya el que sería el bajista oficial de la formación. Traía un bajo de cinco cuerdas, iba vestido de negro y se había mirado los temas que traíamos para el ensayo en cosa de cinco minutos, a pesar de lo cual, cumplió con creces. Tenía estudios avanzados de música y tocaba en una agrupación heavy. Con posterioridad siguió evolucionando en este campo en distintas agrupaciones, hasta cierto punto importantes y conocidas, y tocó también en una orquesta donde algunos de sus miembros eran conocidos de algún amigo mío (el mundo de la música, sí, es endogámico). Nos relató que en cierta ocasión había realizado una gira por Sudamérica, dormía en el avión y según bajaba daba un concierto, del que

salía corriendo para coger el siguiente avión. También era técnico de sonido en una sala. Gracias a sus indicaciones, pude solucionar los problemas de latencia que arrastraba la Orquesta Arrecife hacía bastantes años ya. Solucionarlo fue absurdamente fácil y cosa de cinco minutos. Yo pensaba que, si había alguien que podía vivir de la música, debía ser él. Con posterioridad, para mi sorpresa, dejó un mensaje en las redes sociales en el que, sin aclarar el motivo, anunciaba que iba a apartarse del panorama musical de manera indefinida.
Nuestro guitarra era asturiano y había venido a Madrid para estudiar en una escuela de artes escénicas. Gracias a este vínculo, tras abandonar la orquesta, estuvo involucrado en diversos musicales de cierta envergadura. Además de esto, había estudiado magisterio, o algo así, recuerdo que tenía bastante habilidad con el cálculo.
En un ensayo, le pregunté cómo había abordado el solo de una canción, pues entrañaba, a mi ver, bastante dificultad. Me respondió que *sin problemas*. Cuando tocamos, mis acordes no eran los esperados y el chico cargó sobre mí la culpa de no poder desarrollar el solo. Fuera de que los acordes no fueran los mismos, saltaba a la vista que el solo no estaba. Tocaba blues y alguna vez improvisamos algo, entre tema y tema del repertorio. Un día, a la hora de pagar el ensayo, tuve que prestarle cinco euros. Tampoco el cantante del que hablaré a continuación, pudo pagar algún ensayo y Producciones Pepurri se vio obligada a aflojar el bolsillo.
Completaba la formación este cantante gallego. Estaba adentrándose en el mundo de las orquestas y se tomaba aquel trabajo bastante en serio. En uno de los descansos, salimos a comernos un bocadillo y el chico se quedó solo en la sala, tratando de encontrar su *flow* perdido, o algo así. Tras pasar por aquella orquesta, volvió a Galicia, la tierra de las orquestas por excelencia, y encontró trabajo de cantante.

En aquella orquesta empecé a abordar los pasodobles, y, para mi asombro, no me resultaron más complicados que otros temas. El ambiente con los músicos era bastante agradable y distendido por lo general, y el volumen de temas no era excesivo, íbamos poco a poco, lo cual, para mí, era perfecto pues así podía compaginarlo con la Orquesta Arrecife. Producciones Pepurri diseñaba el repertorio y el baterista pronto mostró su disconformidad con él, pues, a su juicio, era demasiado geriátrico y le veía poca salida. En cualquier caso, los músicos teníamos claro que estábamos allí en calidad de mercenarios, y, si los tres pases iban a componerse de boleros, baladas y pasodobles, pues el problema no era nuestro. Asimismo, el baterista planteaba sus dudas sobre si aquel negocio iba a ser rentable pues, con el alquiler de equipos y camionetas, no le salían las cuentas.
Pepurri se quejaba de que el repertorio no estuviera completo ni bien trabajado, y alegó que había tenido que cancelar algunos conciertos por este motivo. Yo argumentaba que la perfección no existía, y siempre habría algún tema que saldría peor que otro. Tampoco quería agobiarme con una lista infinita de temas, visión que contrastaba con la del bajista, dispuesto a abordar cincuenta temas en un día, si eran necesarios. Alguna vez Pepurri intervenía en algún arreglo, pero nunca supimos interpretar bien sus confusas indicaciones. Por lo general, Pepurri aparecía al principio del ensayo, para controlar que habíamos asistido todos, y luego se marchaba. En más de un ensayo, su hija, cuando había acabado de cantar sus temas, también hacía lo mismo, dejándonos solos a los músicos. Tremendo error pues, entre unas cosas y otras, empezábamos a conspirar.

Producciones Pepurri empezó a anunciarnos cosas diversas como, por ejemplo, que podríamos tocar en un crucero. Aquello quedó un poco en el aire, pero lo que parecía más realizable era lo de tocar en la feria de abril. Dudábamos que nuestro repertorio fuera a encajar en la feria, en cualquier caso, nos preparamos para abril. En un tiempo aparecieron conciertos en todos los puntos posibles de España, que se iban cancelando sospechosamente. Un día, a través de *WhatsApp*, recibí la invitación del guitarrista a un grupo en el que no estaba ni Producciones Pepurri ni su hija. Se hacía evidente lo que el baterista anunció desde un principio: no había bolos. Fue el fin de la orquesta.

Para cerrar el capítulo, el baterista nos invitó al trastero donde ensayaba y tenía una colección infinita de baterías. Trastero en el que no cabíamos todos, ni había excelentes condiciones si queríamos proseguir con la agrupación. Tampoco, a decir verdad, encontrábamos muchos bolos, así a primera vista. El bajista dijo que cabría la posibilidad de ser los teloneros de Malú, pues tenía contactos en su entorno. Posteriormente me enteré de que Malú no buscaba orquestas ni grupos tributo que la telonearan.
De cualquier forma, empezamos a grabar un par de versiones para presentarlas a Malú. Como técnico de sonido, la grabación capitaneada por el bajista presagiaba ser un éxito. Yo y el baterista mandamos nuestros archivos y el bajista se reunió con el guitarrista y el cantante en su estudio. Nunca tuve noticias del resultado de esta mezcla y, con el tiempo, los miembros de aquella orquesta, cada cual, por su lado, nos fuimos distanciando.

The prearrecife files
Capítulo XI

Toda orquesta pachanguera que se precie debe tener, como mínimo, un concierto de tres pases. Es el momento ya, como adivinarán de,

El mundo orquestero (tercer pase):

En épocas arrecife también, inicié relación con una antigua compañera de la facultad que, a todo esto, había estado presente en el concierto de Los Mateo con su novio. Fue ella la que definió mi grito en el escenario, cuando estuve al borde de caer, dentro de *un estilo Julio Iglesias*. Antes de que el amor entre nosotros surgiera, decidimos fundar el grupo conocido como *Derrape cerebral*. En aquellos tiempos yo estaba influenciado por el concepto del álbum *Emisión subterránea* de la Orquesta Arrecife, y para los derrape quería presentar una idea similar de versiones entremezcladas bastante poco ortodoxas. El formato instrumental fue fuertemente criticado en nuestro entorno pues, a los ojos de la gente, un grupo sin cantante no tenía visos de prosperar lo más mínimo. Mi amiga tocaba la flauta travesera, había recibido algunas pocas clases y no se mostraba muy segura de sus posibilidades. El instrumento, además, no estaba en perfectas condiciones. Veía el grupo como una manera de retomar aquella afición, sin perspectivas de que nos fuéramos a profesionalizar algún día.
Por entonces, yo veía que al asunto de las grabaciones se le podía sacar partido, era lo que más disfrutaba pues los directos, ya desde mis tiempos de la escuela de música, se volvían traumáticos. Así, mi amiga se gastó una fortuna en un micrófono para su flauta que no llegamos a usar casi nunca. Cuando se presentó al estudio a grabar conmigo, advirtió que mi piano tenía el dichoso problema de latencia, cosa que yo siempre había sospechado, pero de la que, a pesar de todos los años que persistió, nunca fui del todo consciente. Esta advertencia me permitiría trasladarle la duda al bajista de mi segunda orquesta y el resto ya lo he desgranado.

Ensayábamos regularmente en casa de mi amiga. El hermano de mi amiga era un contrabajista de jazz bastante apañado. Giraba por todo el globo y había tenido que mudarse a Argentina ante la imposibilidad de labrarse un futuro en España. De esta manera, había un teclado en su casa. Mi amiga trabajaba en el teatro y allí conoció a un chaval también contrabajista, que se unió a la formación, para lo cual desplazamos los ensayos al centro cultural, donde disponían de pianos en condiciones regulares y un contrabajo bastante antiguo. Mi amiga y yo compartíamos el liderazgo, pero yo por aquel entonces tenía una vena Paul McCartney y quería imponer mi criterio en aquella formación, cosa que no se me dio demasiado bien. El contrabajista era de formación autodidacta y regularmente tocaba él solo en una pequeña sala, pero, por algún motivo, la relación del trío empezó a complicarse, por lo que mi amiga y yo volvimos a la casa. También nuestra relación tuvo sus grietas y al final los Derrape se extinguieron, cosa que tampoco fue muy dramática pues nadie tenía demasiadas expectativas ni pretensiones con aquel concepto.

Por último, localicé una orquesta y quedé en presentarme de nuevo en Carabanchel para una prueba. El líder cantante me aseguró que él vivía de esto y que, además, tocaba

rancheras con otro grupo, me iba a hartar de dar conciertos, según me dijo. La orquesta ya tenía teclista, pero, tal y como me comentaron en el ensayo, necesitaban a alguien que se ocupara de los arreglos de viento. Estaba visto que tener a un teclista en nómina salía más a cuenta que a una sección de metales.
Llegué a la sala con un poco de antelación. Entonces tenía ya coche y carnet de conducir y la labor de cargar con el teclado se había facilitado bastante. Estaba en la calle fumando, ordenando mi mente y controlando mis nervios, cuando el líder interrumpió mi momento de ensimismamiento. *Tú debes de ser Fernando, el teclista*. Me sorprendió que, sin habernos visto en persona con anterioridad, me reconociera con semejante facilidad. Cuando le pregunté cómo había podido acertar, me dijo que era cosa de sensaciones, que los músicos teníamos un aura especial.

El baterista, que era el que había puesto el anuncio, era el más joven de todos, un chaval que provenía del conservatorio y que le gustaba el metal. Durante la prueba el bajista y el guitarrista no pararon de recriminarle.
El bajista era profesor de karate, un tipo bastante rudo y mercenario. De haber un director artístico en esa banda, sería él. Comentamos algo sobre un anterior teclista que no se había presentado al casting (la escasez de teclistas, ya se sabe). Yo le dije, medio en broma medio en serio, que igual el volumen de temas requeridos para la prueba le había asustado, a lo que sentenció, tajante: *si vas de orquesta ya sabes lo que hay*.
El guitarrista era un burgalés especializado en blues. Estuvo tomándose un vino en el bar de la sala y maldecía los amplificadores refiriéndose a ellos como: *putos amplis de heavys*.
El teclista era, como todos los miembros de la orquesta a excepción del batería, de avanzada edad. Impartía clases de su instrumento y me estuvo aleccionando sobre varios asuntos. Tocaba realmente bien y salió en mi defensa cuando cometí alguna equivocación. Era extraño pues, en un principio, yo le veía como un rival a batir, pero terminó siendo un aliado.
No había cantantes en la orquesta por el momento salvo el líder, cosa que era más o menos preocupante. El líder cantó algún tema. Los demás temas fueron *backings* con algún apoyo ocasional del líder.

Cada vez que un tema acababa, se iniciaba una feroz discusión entre todos los miembros de la banda, con bastante mal rollo añadido. Era curioso pues, antes del ensayo, parecían llevarse bastante bien. Cuando la prueba concluyó, el líder fue en mi busca ya que todos los integrantes del grupo habían salido disparados, casi sin despedirse. El líder me dijo que había superado la prueba con éxito y que quería contar conmigo para la gira. Había un montón de conciertos programados, me daría de alta en la seguridad social (cosa harto rara en el mundillo) y me prometía un sueldo bastante elevado. La banda pagaba los ensayos, pero no las dietas ni las consumiciones. Argumenté que yo ya no bebía así que, por ese lado, no había mucho problema.
Dado que la cosa pintaba bien, para ocuparme de la sección de vientos, fui a rescatar mi viejo teclado Casio a un almacén pues, el teclado con el que últimamente estaba tocando, no tenía vientos en su sección. Cuando desempolvé el Casio me di cuenta que estaba estropeado. Había una semana hasta el siguiente ensayo, no sabía qué hacer, así que encargué por internet un módulo que me llevó dios y ayuda localizar y que pude sufragar gracias a mis exiguas ganancias con la Orquesta Arrecife. Parecía que aquella

tecnología se estaba quedando obsoleta. El módulo no estaría para la siguiente semana, pero ya vería cómo me las apañaba. El grupo de *WhatsApp* de la orquesta estaba bastante silencioso y uno o dos días antes del ensayo, llegó la lista de temas. Debían ser unos veinte o treinta, la mayoría ritmos latinos y cosas que no había escuchado en mi vida. Aquello era prácticamente inabordable, no me gustaba el ambiente de esa orquesta y, en suma, parecía que aquel trabajo me iba a alejar bastante de mis producciones pues entre estudiar los temas, ensayar, y pasarme el verano en una furgoneta recorriendo media España, poco iba a componer.
La decisión de abandonar la orquesta no fue fácil de tomar, y tuve algunas dificultades para contactar con el líder. Quería hablar con él personalmente en vez de dejarle un frío mensaje de texto. A raíz de mi experiencia en la *Orquesta B,* viendo las trazas que tomaba el asunto, pensé que lo mejor era rendirme antes de que la cosa pasara a mayores. También era beneficioso para ellos pues, cuanto antes tomara la decisión, más tiempo tendrían para cubrir mi puesto. No podía dejarles colgados en medio de la gira.

Contemplé mi viejo teclado Casio, prácticamente inutilizable, y tuve la sensación que una época de mi vida quedaba atrás.

Esto no es todo, amigos, mi siguiente aventura fueron *The Sinmoneys*, capítulo que prometo relatar uno de estos días. Hasta entonces, me despido de ustedes, espero hayan disfrutado la lectura o, por lo menos, se hayan entretenido. Hasta más ver y, como dicen en el mundillo, *mucha mierda*.

The prearrecife files
Bonus: La verdadera historia del *Orquesta Arrecife Opening theme* jamás contada

Corría el año 2011. Siempre se ha establecido el 10 de mayo como la fecha de publicación del *Orquesta Arrecife Opening theme* que, como su propio nombre indica, no es otra cosa sino el corte inaugural del proyecto.
Bastantes años después de este hito, he olvidado en qué plataforma, concretamente, se proyectó el estreno.

Dos años antes, *El viaje de Antonio* había sido felizmente televisado. A partir de este acontecimiento -hablamos de finales del 2008 hasta el 2011- anduve entretenido en el proyecto conocido como *The Motetes*.
The Motetes lo engrosan dos álbumes: *Viaje a ninguna parte* y *Experimentos con gaseosa*. Cada volumen presentó una decena de cortes junto con un *bonus* posteriormente escogidos y agrupados en el trabajo definitivo: *Nini*, con once tracks remezclados. Finalizado el *Nini*, intenté perpetuar sin mucho convencimiento ni entusiasmo el proyecto *The Motetes* con dos últimos aportes en formato single: *El rock de la secadora* y *Vacaciones espaciales*, de escaso acierto, como resulta innecesario señalar.
Este precedente de la Orquesta Arrecife tuvo su fuente de inspiración directa en un compañero de la facultad quien, desprevenido y visiblemente extraviado, se había atrevido a escuchar un programa de Radio Clásica en donde se refirieron composiciones de aquel tipo.

Pero, siempre que me lo permitan, voy a remontarme aún más lejos. Antes del estreno de *El viaje de Antonio*, tuve a bien presentar al director de la serie *Cuéntame cómo pasó* una selección de instrumentales íntegramente realizadas con un viejo teclado Casio y un software de grabación, mediante el cual, en ocasiones, añadía algunos samplers pregrabados cortesía de Sch.
Llegué, de hecho, a realizar bastantes obras de estas características por esas fechas. Hoy día atesoro algo más de cuarenta y nueve, aunque el director de la serie y sospecho que alguien más descubriese que yo era poco más que un *artista de un solo hit*.
Algunas de estas grabaciones *low-tech* tuvieron el honor de acompañar al director en sus desplazamientos a Aranjuez (de ahí precisamente el nombre de *El viaje de Antonio*, improvisado en una breve llamada telefónica a partir de la descripción de la escena en cuestión).
Otras grabaciones de esta época recuerdo que se realizaron en Palma de Mallorca, hasta donde llegó desde Madrid el viejo teclado Casio, el viejo ordenador de la orquesta y unos pésimos escuchas de cincuenta euros. Las mezclas tuvieron lugar mientras en el piso inferior del estudio puntualmente una discoteca desplegaba toda la artillería de su equipo de graves, haciendo temblar dramáticamente el edificio.

Antes, aún antes de eso, permítanme retrotraerme más remotamente en el tiempo, entre los años 2006 y 2008 anduve trasteando en lo que denominé posterior y vagamente *Dedos magos*. *Dedos magos*, además de un mote que acuñó Sch para mí, viene a ser una carpeta de mi viejo disco duro de la facultad, donde encontramos versiones de los Beatles grabadas con una cámara web y posteriormente compartidas

por *Messenger*; la maqueta *Dedos magos y su piano sin control* con cameos estelares (Stevie Ray Vaughan, Los Jokers, el propio Sch); obras incompletas, defectuosas; el horrible, pero sin duda icónico *Blues de la cámara* y demás experimentos varios y muy, muy cuestionables. Embriones y anécdotas.

Ahora sí, queridos amigos, ya estamos en disposición de hablar del *Opening theme*.
Me encontraba, pues, atando los últimos flecos del *Nini*, lo que concebí como el álbum completo y definitivo entre lo que hasta entonces había osado emprender.
Como ya señalé en otros capítulos o publicaciones, a diferencia de la etapa previa, el *Nini* hacía un uso más extensivo de los primeros elementos de grabación digital, pues todo lo anterior era, fundamentalmente, analógico y ciertamente precario.
Entonces, además, consideraba oportunos los temas vocales, pero ni mis nulas dotes de cantante ante la ausencia de cantantes que se prestaran a colaborar en un proyecto poco vistoso y comercial, por poner, ni mis chapuzas en la captura del sonido (me serví del micrófono de una sala de ensayo sin mediar ningún tipo de amplificación), ayudaron mucho a que el *Nini* constituyera a la postre un trabajo del que sentirse satisfecho u orgulloso.
Es más, hoy día no lo escucho a no ser que quiera pasar un mal rato, y no hablo con ironía o exageración.

El apartado instrumental del *Nini*, no obstante, para aquellas épocas rudimentarias era algo curioso y, aunque no lo reconocí en su debido momento, mi amigo Sch aportó la crítica definitiva, en la que, a su entender, el *Nini* hubiera merecido la pena si no me hubiera puesto a cantar, por nombrarlo de algún modo.
Pese a que, por entonces, como digo, no suscribía la opinión de Sch, sospechaba que el *Nini* pasaría a constituir un trepidante y absoluto fracaso pese al inmenso y fatigoso esfuerzo que me había supuesto completarlo, pero, oh sorpresa, como suele acontecer en las historias de las grandes y exitosas estrellas de Hollywood, contra todo pronóstico y en el momento menos esperado alguien llamó a mi teléfono.
Quien lo hizo no fue un afamado y prestigioso productor cazatalentos, sino mi compañero de la facultad Samu, quien andaba entonces incursionando en el mundo del vídeo (también cosechando escasa fortuna, huelga decir) y tenía en mente rodar un videoclip con mi música.
Samu era mi amigo, yo había colaborado con él en otros proyectos y claro, hablábamos ni más ni menos que del trabajo de *El Autor de El viaje de Antonio*. Nada podía salir mal.

¿Tienes algo con lo que podamos rodar? Ahí estaba el *Nini*. Samu lo escuchó a duras penas y empezó popularizar aquello de *está bien, pero no es mi estilo*. El propio Samu, asumiendo la costosa producción del álbum, se disculpó alegando que su criterio musical distaba de ser demasiado trabajado ni definido.

Precisamente *Nini* era una forma de resarcirme aludiendo a aquel término desafortunado, acuñado en el cambio de siglo. Con él, se pretendió desprestigiar a los jóvenes de entonces, que bajo la difícil situación que les había tocado vivir se estaban volviendo un poco molestos y protestones. Introduje el álbum como una evidencia

tangible de lo costoso y laborioso que podría llegar a ser el proceso artístico, consciente de que no todo el mundo lo recibiría así.

Pero no nos desviemos demasiado y retomemos el asunto. Samu me presentaría a un amigo suyo, muy aficionado al mundo del cine y según él, un verdadero experto en la materia de los rodajes, quien estaba llamado a capitanear aquel videoclip, que, dadas las circunstancias, nacía con una gran expectación.
Cenamos en un chino que no se saliera mucho de lo presupuestado, conversamos y barajamos ideas para un guion. Tras el ágape, nos metimos los tres en el coche del amigo de Samu con motivo de escuchar el single del *Nini*, que no recuerdo cual era, pero ojalá se tratase de *El rallador de pan*, porque, dentro de lo lamentable, por lo menos podría resultar remotamente jocoso.

Durante la reproducción del cd del chino, experimenté sensaciones similares a las que albergué durante los traumáticos exámenes de la escuela de música.
Dado que ocupaba los asientos traseros del vehículo, no pude leer del todo bien el semblante del amigo de Samu, cosa que no sé si debo agradecer. Tras su implacable veredicto, en el cual, como no, tratamos el muy discutido apartado vocal, aunque no quedó manifestado, el proyecto no avanzó por esta vía y, como viene a ser un poco previsible, no volvería a ver a este hombre.

En algún momento, con mucho tacto y sin que yo terminara de ser demasiado consciente, Samu desechó el *Nini* y solicitó una nueva composición, en esta ocasión, completamente instrumental. Tomando como referente nada menos que a Daft Punk, grupo en boga que andaba entonces escuchando Samu, completé una mezcla con los loops y sintetizadores virtuales de entonces (a destacar, el uso del *Poli-Ana 1.1* sobre todo en los albores del tema), con aires bluseros y orquestales, a la que llamé, en principio, un poco provisionalmente, *Orquesta Arrecife*. Samu, de su parte, tituló el videoclip *Dedos magos y Orquesta Arrecife*.
Ignoro si no quedó suficientemente claro que yo entonces firmaba como *The Motetes* o era acaso conveniente enterrar el desventurado asunto de los motetes bien profundo.

Me gustaría decir ahora que el resto es historia, pero a lo sumo viene a ser historieta.
A toro pasado, quizá el *Opening theme* no resulte demasiado original, redondo ni definitivo, pero, lo menos, exhibió un diseño que, teniendo en cuenta su contexto, fue un poco espectacular y avanzado.
Samu, por fin satisfecho, dispuso de la banda sonora de su pretendida realización, estrenada el 11 de mayo de 2011. Acumula 153 visualizaciones diez años después.
De mi parte, tuve un nuevo punto de arranque y todos, ahora, tenemos la Orquesta Arrecife.